

SE IMPRIME
Por la Imagen HISPANO-URUGUAYA
CALLE DEL OLIMAR 229
SALIENDO LOS DIAS
Martes, Jueves y Sábados
POR LA TARDE

DIRECCION
Y ADMINISTRACIÓN CALLE DEL OLIMAR, NÚM. 229

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente pagándose a razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

EL CLAMOR PÚBLICO

Nuevas revelaciones sobre el asunto Humbert

París, Diciembre 3 de 1902.

La cuestión Humbert ensancha los dominios del «avocorismil». Los menores hechos, los más insignificantes detalles de la vida se impregnan a su contacto de un imborrable matiz de broma y de misterio. Esta familia tenía el genio del «vaudeville» más que el del drama, y el lamento de sus víctimas, de todos los inocentes a quienes ha curado radicalmente del pecado de credulidad ó de usura, acabará por ahogarse en la carecada universal. En verdad os digo, qui si la casualidad travesa obliga algún día á la policía á echarla mano, vendarán hermosos momentos para la alegría francesa, y mucho le será perdonado á Teresa porque nos habrá divertido mucho.

En tanto que la justicia pueda capturarlo, los alegres parisenses se burlan concienzudamente de los magistrados instructores. Roman D'Aurignac ha podido, como lo habíamos anunciado, continuar sin riesgo su correspondencia amorosa y escribir á todas las «Brunetas» y «Blondinetas» de su carrera errante nos llevaba su corazón inmóvil, sino que continuaba celosamente amándolas y sufriendo por ellas.

M. Leydet, «desconcertado» por los Humbert, convocó á todos los que habían vivido en la intimidad de los fugitivos, y les dijo: «Está escrito que es siempre la mujer quien pierde al hombre. Ahora bien, puesto que hay un Don Juan en la familia, debió haber dejado tras él alguna amante capaz de hacerle traición ó de comprometerle, susceptible, por lo menos, de recibir noticias suyas, y quizá, de reunirse con él. ¿Conocen ustedes á esa mujer?»

Y todos contestaron sin vacilar:

—Es «Blondineta».

Blondineta, en efecto, ocupaba un lugar incomparable en las preocupaciones de Roman, y en la jerarquía de su serrallo. Mme. Daurvallo hacía de esposa y cuidaba á sus hijos; Mme. Ivonne de Bar no lo procura sino caricias semanales, y algunas otras amigas de segundo orden, que no entretienen al mes, sino á la hora, lo ocupaban según el giro de sus caprichos. Blondineta era la séptima esencia de su sentimentalismo exuberante de gafas; ella era la «amante», en tanto que las otras se reducían al papel de «criadas» ó de «fantasías».

La había encontrado un dia, en una acera de Lille, donde, con tres francos por todo capital, reflexionaba precisamente sobre la superioridad de la alia juerga, sobre la escasez de un matrimonio obrero. Roman, compadecido de las desdichas femeninas siempre que estuviese pintadas en rostros agradables ó pícaros, llamó á la desconocida y pudo convencerse de que el proverbio según el cual «los hambrientos no escuchan» no era aplicable al bello sexo del departamento del Norte.

Aquella noche Mme. Decarpentrie olvidó á su marido; al dia siguiente olvidaba su pueblo y su hogar y se instalaba en una modesta vivienda que le alquilaba, primero al mes, su feliz seductor. Roman no había hecho una conquista; había encontrado al mismo tiempo que una querida, un verdadero amo, capaz de poner diques á sus gustos y á su exuberancia «juerguista». Mesdames Daurvallo y de Bar, pan de cada dia y suplemento dominical en otro tiempo, dejaron libre el paso á la recién llegada, que acaparaba á todo el hombre y ante la cual más de una vez, más tarde, tuvo que inclinarse la misma Teresa Humbert.

Mme. Decarpentrie, inscripta en el batallón del adulterio bajo el nombre de Mme. Dalaza y en la fantasía de Roman bajo el de «Blondineta», pronto cambió su cuartito de «debutante» por un interior más confortable, subiendo por sucesivas etapas hasta las lujosas habitaciones de la Avenida des Terres, cuya instalación, muebles y «bibelots», costarán más de 20.000 francos á los austeros oíntes de la infame Teresa. La querida de Tomán estaba más adornada que una madona. Esto la prodigaba toilettes excentricas, sombreros napolitanos, mantones andaluces y joyas de toda procedencia, encontradas, naturalmente, en las ercas de su hermana.

Mme. Humbert poseía en efecto más alhajas que un joyero, no porque tuviera gran afición á las piedras (prefería siempre el metal acuñado), sino porque sufria, para ruina suya, el trato del buen número de prestamistas industriales, que habían aprendido hacienda en un capítulo de Moliére. Cada vez que le prestaban cien mil francos, era condición de que se aprovechara de una «oportunidad única», una ganga, un broche, sortija, aderezo, ó cocodrilo disecado, que valía veinticinco mil francos y que figuraba en la factura por doscientos cincuenta mil. La eterna pedigría aceptabla siempre y sus coses hacían competencia á los escaparates de la calle de la Paix.

Como estimaba muy poco, no obstante, la mercancía inproductiva, trató de sacar algún partido de esta suelta quincallería. La quiso dar como garantía á nuevos acreedores, entre ellos á M. Marchaud, de Dunkerque, que rechazó la prenda y prestó en dinero; llevó al Monte de Piedad dos ó tres lotes que dejó dentro todo el resto á Londres, de donde no llegaron notícias, según creía que pudieran turbar la confianza de los prestamistas en perspectiva.

Roman (debido de cumplir perfectamente su misión, puesto que trajo de las cajas de MM. Christie and C. tasadores de la City, la bonita suma de 870.000 francos). Pero trajo también dos perlas, las más hermosas, que salvó de la emigración. Los harpagones de la joyería parisense las podrían aun ver en las orejas de Mme. Dalaza, si á ella no la hubiera entrado también, de repente, la pasión por viajes de aventuras.

Roman la daba, por lo demás, algo mejor que perlas de reina; la otorgaba su exclusiva confianza. A ella solo era á quien confiaba en la noche de despedida, sus proyectos de fuga. Por la mañana, la dejaba también su reloj, simbólicamente parado en la hora de la fidelidad, y por añadidura, algún viatico de mayor cuantía para esperar á la próxima conjunción. La virgen loca, había puesto buen aceite en su lámpara, pues, al dia siguiente del éxodo, aparecieron veinte mil francos de economías, (hermoso interés á fijo, para un capital de tres francos).

Cuando M. Leydet se enteró del extraño poler de Mme. Dalaza sobre el corazón y el espíritu del fugitivo, se frotó las manos y dijo para su capote:

—Lo que es ahora he pescado á mi hombre!

EL CLAMOR PÚBLICO

PERIODICO LIBERAL E INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR — SEBASTIÁN B. TORRES

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado á los principios de programación y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autorizado exigirá la devolución del número.

RECIBIDOR DE CORRESPONDENCIA

RECIBIDOR DE SUSCRIPCIONES

SUSCRIPCION	
Por un año	\$ 10.00
Por seis meses	5.50
Por un mes	1.00
Número suelto	0.10
Número atrasado	0.20

RECOLECTOR DE SUSCRIPCIONES

